

**Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno  
y Metodología en Historia de la Ideas**

ISSN: 1989-3663

<http://dx.doi.org/10.5209/INGE.58310>EDICIONES  
COMPLUTENSE**Jean Meslier. «Cartas a los curas de la vecindad»**Manuel Tizziani<sup>1</sup>

Recibido: 23 de diciembre de 2016 / Aceptado: 31 de enero de 2017

**Resumen.** Al momento de morir, Jean Meslier no sólo legará a posteridad una *Memoria* en la que declarará abiertamente su ateísmo materialista, sino también dos cartas dirigidas a los curas de su vecindad. En estas epístolas, que pueden ser leídas con un de prefacio de su obra, instará a sus colegas a desengaños de los errores del cristianismo, a develar el misterio de la inequidad y a ilustrar a sus parroquianos en los principios del buen sentido y la recta razón natural, sentando las bases de una futura revolución. En esta ocasión, con el fin de dar a conocer textos muy poco difundidos entre los filósofos de habla hispana, ofrecemos la primera traducción castellana de ambas cartas.

**Palabras clave:** Meslier, ateísmo, Cartas, curas, vecindad.

**[en] Jean Meslier. «Letters to the Curates of the Neighborhood»**

**Abstract.** At the moment of his death, Jean Meslier not only bequeathed to posterity a *Memoir* in which he will openly declare his materialistic atheism, but also two letters addressed to the priests of his neighbourhood. In those letters, which can be read as a preface to his work, he urges his colleagues to undeceive themselves Christianity's mistakes, unveil the mystery of inequity and enlighten their parishioners on the principles of good sense and the straight natural reason, issues that afterwards planted the seed of a future revolution. This is the first Spanish translation of the letters mentioned above and it is addressed to spread some of Meslier's most unknown works.

**Keywords:** Meslier, atheism, Letters, curates, neighborhood.

**Sumario.** I. Presentación: Jean Meslier y una bomba de efecto retardado. II. Nota sobre la traducción. 1. Cartas escritas por el autor a los señores Curas de su vecindad. 1.1. Copia de la carta escrita por el autor a los señores curas de su vecindad. 1.2. Copia de otra carta que estaba junto a la precedente.

**Cómo citar:** Tizziani, M. (2017) Jean Meslier. «Cartas a los curas de la vecindad», en *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de la Ideas* 11, 211-228.

<sup>1</sup> Universidad Nacional del Litoral-CONICET (Argentina)  
E-mail: manueltizziani@gmail.com

## I. Presentación: Jean Meslier y una bomba de efecto retardado<sup>2</sup>

He visto y reconocido los errores, y los abusos, las vanidades, las locuras y las maldades de los hombres; los he odiado y detestado; no me he atrevido a decirlo durante mi vida, pero lo diré al menos en la muerte y después de ella, y es a tal fin que hago y escribo la presente Memoria, para que ella pueda servir de testimonio de la verdad a todos aquellos que la vean y tengan a bien leerla.

Jean Meslier<sup>3</sup>

Incluso teniendo en cuenta el considerable esfuerzo teórico que implica desarrollar un sistema filosófico y político sostenido, con rigor, en el materialismo ateo, resultaría difícil afirmar que Jean Meslier (1664-1729) fue el primer ateo en la historia de Occidente<sup>4</sup>, o incluso «el inventor» del ateísmo, como sostenido hace algunos años un afamado divulgador de su pensamiento<sup>5</sup>. Sin embargo, no parecería desatinado indicar que su voluminosa y póstuma *Mémoire des pensées et des sentiments* (c.1729) marca una serie de puntos de inflexión en la crítica de la religión, un antes y un después; la conclusión y consumación de una era y el inicio de otra diferente.

Por una parte, la *Mémoire* bien podría ser considerada como el corolario de dos siglos en los que la crítica de la religión -y en particular del cristianismo- había experimentado un notable auge en los escritos filosóficos. Aunque también es necesario señalar que la erudición libresca del cura de Étrépigny, esa pequeña y alejada aldea de las Ardenas, era relativamente reducida y, tal vez, insuficiente para explicar la radicalidad de sus expresiones. En efecto, Meslier había leído detenidamente los *Essais* de Michel Montaigne y la *Apologie pour tous les Grands Personnages* de Gabriel Naudé; conocía bastante bien *L'Espion Turc*, de Giovanni Paolo Marana, y hasta alguna página de Giulio Cesare Vanini, sin dudas tomada de las obras apologéticas que habría podido leer durante su formación como párroco en el seminario de Reims; tenía alguna información indirecta del pensamiento de

<sup>2</sup> Las siguientes líneas, que sirven de introducción a nuestra traducción de las cartas que Jean Meslier dejó a los curas de su vecindad, retoman algunas de las consideraciones realizadas por Jean Pierre Cavaillé en un escrito publicado en dos ocasiones: la primera, en italiano, como presentación a J. MESLIER, *Il Memoriale di un prete rivoluzionario nella Francia del Re Sole*, Introduzione, scelta dei testi e traduzione di Francesco Tanini, Roma, Generoso Procaccini, 2006, 9-17; la segunda, en francés, bajo el título «La bombe à retardement du curé d'Étrépigny», en *Les Dossiers du Grihl*, en línea <http://dossiersgrihl.revues.org/4526>. Cabe señalar que la expresión «bombe à retardement» también ha sido utilizada por M. ONFRAY, *Les ultras des Lumières. Contrehistoires de la philosophie*, 4, Paris, Grasset, 2007 [traducción castellana: *Los ultras de las Luces. Contrahistoria de la filosofía*, IV, traducción de Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Anagrama, 2010, 50].

<sup>3</sup> Según el *Abrégé de la vie de l'auteur*, texto anónimo y de circulación clandestina que será incluido por Voltaire en la primera edición del *Extrait des sentiments de Jean Meslier* (1762), esta frase habría sido escrita por el cura en un papel gris en el que se encontraba envuelto uno de los ejemplares del manuscrito que legó a la posteridad. El texto se encuentra tomado y traducido de la versión del *Abrégé* (Reims Ms 653, 3-12) incluida en J. MESLIER, *Oeuvres complètes*, ed. Roland Desné, Jean Deprun y Albert Soboul, Paris, Antrophos, 1972, III, 393.

<sup>4</sup> Sobre los orígenes del ateísmo *stricto sensu*, pueden consultarse las interesantes reflexiones de P. J. DE LIMA PIVA, *Ateísmo e revolta. Os manuscritos do padre Jean Meslier*, São Paulo, Alameda, 2006, 19-60.

<sup>5</sup> M. ONFRAY, *Traité d'Athéologie*, Paris, Grasset, 2005 [traducción castellana, *Tratado de ateología. Física de la metafísica*, traducción de Luz Freire, prólogo de Esther Díaz, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2006, 53-55].

Spinoza y de Bayle, lo mismo que del de Descartes, conocido a través de las obras de Malebranche y Fénelon. Pero el conjunto sus lecturas no deja de ser muy limitado. Sin embargo, repitamos, su texto bien podría ser concebido como la culminación moderna de lo que se ha denominado -ya desde la obra de René Pintard<sup>6</sup>- bajo el rótulo de *libertinage érudit*, pues en ella se integra la crítica de la religión con una herencia particular de la filosofía cartesiana, esto es, a través de una lectura materialista -de «extrema izquierda», según la célebre expresión de Jean Deprun<sup>7</sup>- de la *Récherche de la vérite* (1674) de Nicolás Malebranche.

Meslier representa, entonces, la consumación de la crítica libertina; sin embargo, también exhibe una ruptura decisiva desde el punto de vista de las prácticas de vida y de escritura que guian a los *libertins*, cuyo principal imperativo era el de la disimulación<sup>8</sup>. Es cierto que Jean Meslier fue párroco desde 1688 hasta 1729 y que, según lo afirma él mismo, jamás reveló públicamente sus convicciones materialistas y atea; conducta que lo emparentaría con las estrategias de disimulación forzada practicadas por los libertinos eruditos entre fines del siglo XVI y fines del XVII. Pero el quiebre decisivo se presenta en el modo mismo de la disimulación, pues Meslier no será ya un maestro en el arte de escribir *entre líneas*, dado que no recurrirá a expresiones equívocas, a la ironía o al doble sentido, como lo habían hecho sus predecesores. Tampoco adoptará el anonimato, como el autor -aún hoy- desconocido del *Theophrastus Redivivus* (c.1659), ni se contentará con las técnicas de *collage* de los textos heterodoxos, la cual había sido adoptada por los artesanos que compusieron el más difundido de los manuscritos filosóficos clandestino, el célebre *Traité des trois imposteurs (Esprit de Spinoza)*<sup>9</sup>. Por el contrario: en la trastienda de su pequeña parroquia, Meslier preparará, silenciosa y metódicamente, una bomba de efecto retardado; un mecanismo diseñado para dispararse en el instante mismo de su muerte. Por lo tanto, a diferencia de pensadores como François de La Mothe Le Vayer, Meslier se esforzará por expresar sus pensamientos sin rodeos ni subterfugios, sin ambigüedades, señalando con claridad cuáles son las conclusiones a las que quiere conducir al lector, y asumiendo, sin preocupaciones, la entera paternidad de su obra. Este gesto representa, en sí mismo, una actitud inédita; una advertencia, una amenaza, un anuncio profético: llegará un día en el que los hombres no tendrán que esperar hasta su muerte para osar hacer público su ateísmo, ni para cuestionar de modo radical a los poderes establecidos.

Este gesto inédito es acompañado también por una cláusula sin precedentes: en última instancia, la *Memoria* no se encuentra destinada a sus pares, a los miembros clandestinos del cenáculo de los elegidos, sino a «sus queridos amigos», esto es, a los campesinos y parroquianos de las Ardenas. Esta intención no es simple de cumplir, pues Meslier no sólo sabe que la inmensa mayoría de sus feligreses será incapaz de leer o comprender su obra, sino también que éstos tendrán grandes dificultades para acceder materialmente a ella. A pesar de ello, el cura insiste desde

<sup>6</sup> R. PINTARD, *Le Libertinage érudit dans la première moitié du XVIIe siècle*, Paris, Boivin, 1943, 2 vols.

<sup>7</sup> J. DEPRUN, «Meslier philosophe», en J. MESLIER, *Oeuvres complètes*, LXXXVIII.

<sup>8</sup> Vale recordar que su máxima capital, tomada de Cesare Cremonini, era *Intus ut libet, foris ut moris est* [Por dentro como se quiera, por fuera como sea la costumbre].

<sup>9</sup> Hay traducción castellana: *Tratado de los tres impostores. Moisés, Jesús Cristo, Mahoma*, traducción y prólogo de Diego Tatián, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2007.

el título en que redacta su obra para que esta pueda «servir de Testimonio de Verdad, ante ellos [sus parroquianos], y ante todos sus semejantes»<sup>10</sup>, apelando a la explícita ayuda de sus cófrades, los curas rurales: encargados principales de la nueva evangelización materialista. De esto modo, Meslier destina su libro a todos los hombres del mundo que se encuentran engañados por los obispos y sometidos por los tiranos. Lo que implica una segunda ruptura, quizás más radical, en relación con la cultura libertina, siempre vinculada al elitismo declarado de los *déniaisé*s, a las conversaciones privadas sostenidas por los *savants*<sup>11</sup> y a la dinámica propia de la circulación manuscrita y clandestina de los escritos.

A diferencia de los *libertins*, Meslier escribe para ser leído por «el público» y, no habiendo sido capaz dirigirle abiertamente su mensaje en el transcurso de su vida, opta por enviárselo en forma póstuma, apelando para ello a la ayuda de algunos de sus colegas más cercanos: los curas del bajo clero rural. Éste público es pensado, a su vez, como un público *político*; ya no como un conjunto de súbditos, sino como potenciales ciudadanos, como actores involucrados en el espacio de discusión de la *res publica*. En tal sentido, cabe remarcar que Meslier -quizás en otra ruptura con cierta tradición precedente, aunque como heredero del optimismo racionalista de los cartesianos- no se concibe a sí mismo en una situación de privilegio respecto de la verdad que trasmite, esto es, no pretende revelar ningún mensaje único y singular al que sólo él ha tenido acceso. Por el contrario, su *Memoria*, o al menos las conclusiones a las que ella nos conduce, podrían haber sido alcanzadas por cualquier hombre de *bon sens*. Pues no es necesario ser un erudito para tomar conciencia del carácter ficcional de las religiones, y del uso político que se hace de ellas; basta con no alejarse del camino que la recta razón nos exhibe con toda naturalidad. Por lo tanto, es ese mismo público quien deberá decidir cuál será el destino que le dará a las copias manuscritas de su obra<sup>12</sup>, puesto que son los hombres de *buen sentido* los que deben decidir, por sí mismos y para sí mismos, si las cavilaciones del cura contribuyen a su emancipación ideológica y material. Y es exactamente eso lo que Meslier deja en claro en las dos cartas que lega, junto a los manuscritos de su *Mémoire*, a los curas de su vecindad.

Asimismo, cabe repetir que la principalidad originalidad de Meslier no reside en el desarrollo de una posición atea, sino en las radicales consecuencias políticas que él extrae de dicha posición; a mejor decir, en la dimensión intrínsecamente política y social de su pensamiento sin Dios. La principal tesis que los críticos de la religión

<sup>10</sup> MESLIER, *Oeuvres complètes*, I, 3.

<sup>11</sup> Un célebre ejemplo de esta práctica puede hallarse en J. BODIN, *Colloque entre sept savans qui sont de différents sentiments des secrets cachés des choses relevées*, ed. François Berriot, Genève, Droz, 1984 [traducción castellana: *Coloquio de los siete sabios sobre los arcanos relativos a cuestiones últimas*, introducción de Jaime de Salas, traducción de Primitivo Mariño, Madrid, CEPC, 1998].

<sup>12</sup> Según el  *Abrégé*, fuente principal de la que se sirven todos los intérpretes, Meslier habría dejado tres copias de su *Mémoire*: la primera habría sido entrega al «garde des Sceaux», Germain-Louis Chauvelin, luego de haber sido enviada a Rémy Leroux, abogado y notario de Mézières; la segunda habría consignada en la secretaría de Justicia de Saint-Meneould, jurisdicción de la que dependía la parroquia de Etrépigny; la tercera, finalmente, habría sido robada por el gran vicario François Le Bègue. Según M. BENÍTEZ, *Les yeux de la raison. Le matérialisme athée de Jean Meslier*. Paris, Honoré Champion, 2012, 16, un cuarto ejemplar podría haber quedado en manos de Leroux, dando origen a las copias manuscritas que circularon durante todo el siglo XVIII.

habían desarrollado -ya desde el Renacimiento<sup>13</sup>- era de la impostura política, es decir, la afirmación según la cual las religiones instituidas eran instrumentos de mistificación al servicio de finalidades políticas. Meslier, al igual que los *libertins*, hará suya y abundará en esta tesis; no obstante, a diferencia de la mayor parte de estos pensadores del siglo XVII -como también de la inmensa mayoría de los *philosophes*-, no compartirá la opinión de que la religión, incluso siendo falsa, conserva un sentido político y moral. Por el contrario, afirmará que todas ellas resultan funestas, pues producen y justifican las peores desigualdades sociales, los abusos más ominosos del poder político y la represión de los disidentes.

De igual manera, si bien Meslier no es el único filósofo moderno que desarrolla una crítica conjunta de la Iglesia y de la Monarquía absoluta, es sin dudas uno de los primeros en analizar y denunciar, en un discurso teórico, detallado y sistemático, la complicidad de los poderes de la Iglesia y la Corona (los «que se entienden como sólo podrían hacerlo dos ladrones»<sup>14</sup>) y el rol determinante que jugaban los mecanismos de la creencia en la legitimación de los abusos del poder absoluto en *la France toute catholique*<sup>15</sup> de Louis XIV. En tal sentido, no caben dudas de que Jean Meslier es un pensador revolucionario, y Francesco Tanini tiene razón al subrayar aquellos elementos que le deben, directa o indirectamente, los actores más radicales de la Revolución Francesa<sup>16</sup>.

De hecho, suele citarse con frecuencia aquella famosa máxima -apropiada por todos los movimientos revolucionarios radicales de los últimos dos siglos, la mayoría de las veces con alguna transformación- que sostiene que los males que aquejan a los seres humanos se acabarán el día en el que «todos los grandes de la tierra y todos los nobles sean colgados y estrangulados con las tripas de los curas»<sup>17</sup>. Sin embargo, es común afirmar también que si el cura atribuye esta frase a un ignorante *déniaisé*<sup>18</sup>, es porque no se encontraba en condiciones de asumir él mismo toda la violencia contenida en ella, lo que también se sostiene bajo el pretexto de que un ignorante no habría podido, en estos primeros años del siglo XVIII, formular una proposición semejante. Sin embargo, además de ciertos prejuicios ilustrados<sup>19</sup>, no parece que tengamos ninguna otra buena razón para no dar crédito a las palabras de Meslier, ni para rechazar que efectivamente pudiera tratarse de algún recuerdo que él habría tenido, ya sea a partir de algún recurso escrito, ya sea a partir de alguna fuente oral,

<sup>13</sup> Podríamos pensar, por caso, en N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires, Losada, 2008, 84-91.

<sup>14</sup> MESLIER, *Œuvres complètes*, I, 18.

<sup>15</sup> La expresión, claro está, pertenece a P. BAYLE, *Ce que c'est que la France toute catholique sous le règne de Louis le Grand*, Paris, Vrin, 1973 [traducción castellana: *La católica Francia*, España, Ediciones del Laberinto, 2000].

<sup>16</sup> TANINI, «Introduzione», *Il Memoriale di un prete rivoluzionario*, 32 y ss. Aunque también resultaría bastante simple mostrar cómo la Revolución triunfante no sólo *traicionará* a Meslier en el plano de la emancipación social, sino también respecto de la articulación entre la política y la religión. Un ejemplo paradigmático de ese desencuentro es el del proyecto -nunca realizado- de Anacharsis Cloots, quien, en un discurso pronunciado en la Asamblea Nacional el 27 brumario del año II (17 de noviembre de 1793), solicitó que se erigiera una estatua del cura «en el templo de la Razón».

<sup>17</sup> MESLIER, *Œuvres complètes*, I, 23.

<sup>18</sup> «Recuerdo al respecto el deseo expresado hace algún tiempo por un hombre que no tenía ciencia ni estudio pero que, según las apariencias, no carecía de buen sentido para juzgar sanamente sobre todos estos detestables abusos, y sobre todas las detestables tiranías que censuro aquí». MESLIER, *Œuvres complètes*, I, 23.

<sup>19</sup> ¿Cómo un hombre ignorante tendría semejante clarividencia?, diríamos.

ya sea a partir en un encuentro personal (puesto que la frase contiene diversos elementos que no son sencillos de interpretar). En efecto, el cura de una parroquia tan modesta bien podría haberse visto enfrentado a distintas manifestaciones de incredulidad, de anticlericalismo o de odio contra la nobleza entre las clases sociales más bajas y explotadas de su comarca.

Ya un siglo antes, en la Italia de 1617, un pobre saltimbanqui llamado Costantino Saccardino, habría afirmado que los príncipes se empeñan en que los hombres simples crean en el infierno por su propio interés, aunque ya habría llegado el momento en el que «todas las palomas han abierto los ojos»<sup>20</sup>. Hace algunos años, Federico Barbierato<sup>21</sup> nos ha mostrado que -justamente en el período en el que vivieron Jean Meslier y sus feligreses- en la ciudad de Venecia, las manifestaciones de incredulidad y las críticas políticas de la religión y del clero eran moneda corriente incluso entre las clases más bajas, y que estas críticas podían implicar, en ocasiones, un cuestionamiento social y político profundo; el que, como ya indicamos, era susceptible de conducir hacia la tesis de la impostura política de las religiones.

En tal sentido, entendemos que resulta muy significativo, desde el punto de vista de la historiografía de la filosofía, el concebir aquella afamada fórmula como una *voix d'en bas*<sup>22</sup>. Este crudo fragmento, además, nos permite comprender que el cura de Étrépigny no sólo elaboró su pensamiento a partir de sus limitadas lecturas, sino también apoyándose en sus experiencias, en sus encuentros, en el contacto directo con la realidad política, económica y social de la Francia las primeras décadas del siglo XVIII; una Francia ya penetrada por un espíritu de insumisión y de revuelta, por minoritario y marginal que éste fuera, pero sin cuya existencia habría sido muy difícil que un cura rebelde compusiera y decidiera dar a la luz una obra como la *Mémoire*. Una obra de contenido materialista, ateo y anticlerical, destinada -a través de los curas de la vecindad- a todos los hombres de *bon sens*, y antecedida por las dos cartas que presentamos a continuación.

## II. Nota sobre la traducción

La presente traducción ha sido realizada en base a la edición incluida en las *Oeuvres complètes* de Meslier<sup>23</sup>. Dicha edición, de la cual incluimos la paginación entre corchetes, ha sido realizada por Roland Desné, Jean Deprun y Albert Soboul en base a uno de los manuscritos conservados en la Biblioteca Nacional de Francia (ms 19460). Se han señalado algunas variantes en base al ms 19458, ya que las *Lettres aux curés* no se encuentran incluidas en el tercero de los manuscritos originales de Meslier (ms 19459). Una primera traducción castellana de la primera carta, aunque de forma incompleta, ha sido realizada por Menene Gras Balaguer e incluida en una antología de textos de Meslier<sup>24</sup>; la segunda es íntegramente inédita en castellano.

<sup>20</sup> C. GINBURG y M. FERRARI, «La colombara ha aperto gli occhi», *Quaderni storici*, 38 (1978), 631-639.

<sup>21</sup> F. BARBIERATO, *Politici e ateisti. Percorsi della miscredenza a Venezia fra Sei e Settecento*, Milano, Unicopli, 2006.

<sup>22</sup> S. DERUETTE comparte esta apreciación: «Jean Meslier ou l'athéisme vu d'en bas», en A. Staquet (dir.), *Athéisme voilé/dévoilé aux Temps Modernes*, Bruxelles, Académie royale de Belgique, 2013, 215-238.

<sup>23</sup> MESLIER, *Oeuvres complètes*, III, 179-206.

<sup>24</sup> J. MESLIER, *Critica de la religión y del Estado*, Barcelona, Península, 1978, 227-238.

## 1. Cartas escritas por el autor a los señores Curas de su vecindad

### 1.1. [181] Copia de la carta escrita por el autor a los señores curas de su vecindad

Señores,

Quedaréis sin dudas sorprendidos, y quizás más que sorprendidos, podría decir que estupefactos<sup>25</sup>, cuando escuchéis hablar de los pensamientos y sentimientos en los cuales viví y en los cuales incluso terminé mis días; pero también estoy persuadido, mis Señores, que por poco que cada uno de vosotros desee hacer sólo uso de las luces naturales de vuestro espíritu, y considerar un poco atentamente las razones que hay para pensar y hablar como yo lo he hecho en relación con los errores y abusos que se ven tan común y universalmente en el mundo<sup>26</sup>, mudaréis fácilmente de vuestra estupefacción y, a mi parecer, encontraréis quizás ocasión de [182] caer irremediablemente en otra estupefacción, [la] que estará mucho mejor fundada que la primera. Esta otra estupefacción será la ver que tantos y tan groseros errores, y tantos y tan perniciosos abusos hayan podido establecerse y mantenerse desde hace tanto tiempo, tan poderosa y universalmente en el mundo, sin que nadie, que se sepa, se haya atrevido a querer desengañar a los pueblos, ni se declarara abiertamente contra tantos y tan detestables errores, y tan malvados abusos, aunque haya habido en todos los tiempos cantidad de personas sabias y esclarecidas que a mi parecer habrían debido oponerse e impedir sus progresos<sup>27</sup>.

Corresponde a vosotros, Señores, quienes poseéis las llaves de la ciencia y de la sabiduría<sup>28</sup>, saber discernir el bien del mal, el vicio de la virtud, lo verdadero de lo falso, y la verdad del error, y de la mentira y de la impostura; corresponde a vosotros instruir a los pueblos, no en los errores de la idolatría, ni en la vanidad de las supersticiones, sino en la ciencia de la verdad y de la justicia, y en la ciencia de toda suerte de virtudes, y de buenas costumbres; a todos les pagan para eso. Es con esa intención que los pueblos os proveen tan abundantemente para que viváis a vuestro gusto, mientras que ellos sufren la pena de trabajar día y noche, con el sudor de sus cuerpos, para tener insignificante [183] con qué sustentar su pobre vida, y no pretenden otorgarles tan buenas asignaciones para que vosotros mantengáis en ningún error ni en ninguna vana superstición, bajo algún pretexto de religión, sea cual sea. Y en cuanto a vosotros mismos, Señores, no debe ser vuestra intención la de pretender enseñarles los errores, ni de desear mantenerlos en las vanas supersticiones<sup>29</sup>. Quizás vosotros mismos creáis ciegamente lo que

<sup>25</sup> Sobre esta estupefacción y sobre la conducta asumida por los cófrades de Meslier, véase M. DOMMANGET, *Le curé Meslier*, Paris, Coda, 2008 [1965], 88-92.

<sup>26</sup> En efecto, recordemos que Meslier presentó su obra como *Memoria de pensamientos y sentimientos de J...M..., sobre una parte de los errores y de los abusos de la conducta y del gobierno de los hombres*.

<sup>27</sup> Este silencio general es explicado, en el «Avant-Propos» de la *Memoria*, por el deseo de «vivir tranquilamente» y por el miedo a «oponerse al torrente de los errores comunes» (MESLIER, *Œuvres complètes*, I, 14).

<sup>28</sup> No se trata de las llaves entregadas a san Pedro (Meslier se dirige por lo demás a simples curas), sino del saber y de la cultura de los que ellos disponen.

<sup>29</sup> Tópico desarrollado en el capítulo 45 de la *Memoria* (MESLIER, *Œuvres complètes*, II, 32). En una palabra, como se ve claramente desde el inicio, Meslier anhelaba que el clero instruyera e ilustrara al pueblo.

ciegamente les queréis hacer creer; pues si vosotros no los creyerais, y no obstante ello, desearais, por razones políticas o de interés particular, enseñarles errores y mantenerlos en las vanas supersticiones, para valer más vosotros y los vuestros, y para obtener un mejor provecho por este medio, vosotros no sólo actuariais contra la probidad, sino también contra la fidelidad y contra el amor que vosotros les debéis, y en ese caso, ellos podrían mirarlos no cómo verdaderos y fieles pastores, sino más bien como engañadores, y como impostores, [184] o como indignos (\*)<sup>30</sup> burlones que abusan de la ignorancia y de la simplicidad de aquellos que les hacen tanto bien y que depositan su confianza en vosotros<sup>31</sup>. Y si es así, perdónenme por favor Señores, si yo lo digo; siendo así, osaré decir que vosotros mereceriais solamente dejar de ver la luz del día y de comer el pan que coméis. Y si no es verdaderamente vuestra intención la de enseñarles errores ni la de mantenerlos en las vanas supersticiones, no será sin dudas tampoco vuestra intención la de incurrir vosotros mismos en ningún error, ni la de mantenerse a vosotros mismos en ninguna vana superstición, porque me imagino que ninguna persona deseará querer engañarse a sí misma, ni deseará dejarse engañar, particularmente en una cosa de esta naturaleza. Los más piadosos, los más devotos, los de mayor celo y los mejor intencionados deberían sentirse conmovidos de indignación al ser víctima o víctimas de los errores y las supersticiones, de tan vanas y tan falsas religiones que hay en el mundo, siendo así como se supone que sea. ¡Examinen seriamente, pues, Señores, eso que creéis ciegamente, y eso que vosotros hacéis creen tan ciegamente a los otros! Pues querer contentarse con creer ciegamente, es exponerse a sí mismo al error, es querer ser engañado, y es imposible no caer en el error siguiendo un principio tan evidente de error y de engaño. ¿Vuestro jefe<sup>32</sup> no les ha dicho, o al menos no les ha dicho a sus primeros discípulos, que si un [185] ciego conduce a otro ciego, caerán los dos en una fosa (*Mat.*, 15:14)<sup>33</sup>? Sí, ciertamente lo ha dicho. Ahora bien, creer ciegamente es como si marcháramos a ciegas y nos expusiéramos de modo manifiesto a caer en la fosa, es decir, en la trampa del error, de la mentira y de la impostura<sup>34</sup>.

Desconfien pues, Señores, de esta ciega creencia, desconfien de esas primeras y ciegas impresiones que han recibido de su nacimiento y su educación; consideren las cosas más a fondo; remóntense hasta la fuente de todo aquello en lo que han creído ciegamente; sopesen bien las razones que hay para creer o no creer en lo que su religión les enseña y les obliga tan absolutamente a creer. Estoy seguro de que si vosotros seguís bien las luces naturales de vuestro espíritu, veréis al menos tan bien y tan ciertamente como yo, que todas las religiones del mundo no son más que invenciones humanas, y que todo lo que vuestra religión les enseña y les obliga a

<sup>30</sup> (\*) *Viri illusores socii furum*. La primera parte de la expresión es tomada por Meslier de *Isaías*, 28:14 o de *Judas*, 18: *Viri illusores* [Hombres engañadores]; la segunda, de *Isaías*, 1:23: *Socii furum* [Compañeros de ladrones]. La misma expresión es utilizada en el capítulo 26 de la *Memoria*, con el que Meslier inicia la cuarta prueba (MESLIER, *Oeuvres complètes*, I, 244), y dos veces más en el capítulo 76, de la séptima prueba (MESLIER, *Oeuvres complètes*, II, 346 y 355).

<sup>31</sup> Meslier podría haber citado aquí el *Deuteronomio*, 27:18: *Maledictus qui errare facit caecum in itinere* [Maldito el que haga errar al ciego en el camino].

<sup>32</sup> Como Meslier lo hará explícito desde las primeras páginas de su *Memoria*, el jefe de la secta de los «cristícolas» no es otro que Jesús, al que ellos denominan «el Cristo».

<sup>33</sup> Vale recordar que, en el espíritu de Jesús, los ciegos eran los fariseos.

<sup>34</sup> La crítica de la «fe ciega» fue desarrollada en el capítulo 9 de la *Memoria*, con el que Meslier inicia su segunda prueba (MESLIER, *Oeuvres complètes*, I, 79-83).

creer, como sobrenatural y divino, no es en el fondo sino error, mentira, ilusión e impostura<sup>35</sup>. He dado pruebas claras y evidentes, y ellas son también [186] las más demostrativas que puedan darse en cualquier género de ciencia; las he redactado por escrito y las consignado en la secretaría de justicia de esta parroquia para que sirvan de testimonio de verdad ante el público, si así lo desea<sup>36</sup>. Podrá verla quien quiera, siempre que se lo deje, pues no es [un acto] ordinario de la política de nuestra Francia el permitir que escritos de esta naturaleza devengan públicos, ni que ellos permanezcan en las manos de los pueblos, porque ellos les harían ver demasiado claramente los abusos que se le hacen, y la indignidad y la injusticia con la cual se los trata. Pero mientras más se obstaculice leer y publicar esta clase de escritos, más necesario será leerlos y publicarlos por todas partes, a fin de desenmascarar cada vez más los errores, las supersticiones y la tiranía, *confundantur omnes facientes vana*<sup>37</sup>.

No se trata en esta ocasión, Señores, de insultar contra mí, ni de hacer como esos idólatras efesios que en parecidas circunstancias aclamaban con animosidad a su gran [187] Diana de Éfeso, *Magna Diana Ephesiorum* (*Act.*, 19:23)<sup>38</sup>. No se trata aquí de lanzar anatemas contra mí, ni de incurrir en las injurias, ni en la calumnia; eso no les convendría. Y eso tampoco hará que su causa sea en el fondo mejor, ni la mía peor. Sino que [de lo que] se trata, o más bien [de lo que] se trataría, es de examinar seriamente mis razones y mis pruebas; se trataría de ver si ellas son verdaderamente sólidas y convincentes, y si ellas están bien fundadas, o si no los están. En una palabra, se trata de saber si lo que digo es verdadero, o si es falso, lo que se debe examinar sin pasión y sin prevención, como también sin falsificar nada de los que he dicho o escrito. Y si luego de haber hecho un examen serio, vosotros encontráis que he dicho efectivamente la verdad, y que mis razones y mis pruebas son verdaderamente sólidas y convincentes, e incluso demostrativas, como yo lo pretendo, corresponderá a vosotros, Señores, tomar y sostener generosamente, pero sin embargo cautelosamente, el partido de la verdad, en favor de la verdad misma y en favor de los pueblos que gimen, como vosotros lo veis todos los días, bajo el yugo insoportable de la tiranía y de las vanas supersticiones. *Omnis creatura ingemiscit et ipsi nos ingemiscimus atque in hoc ingescimus* [188]

<sup>35</sup> Este llamado al examen crítico retoma casi literalmente los términos de la conclusión de la *Mémoire*: «Convoco gustosamente aquí a todas las personas de espíritu [*esprit*] y buen sentido...» (MESLIER, *Œuvres complètes*, III, 157).

<sup>36</sup> Según la interpretación de los editores franceses, «au public» debe entenderse por «a todo el mundo». La última expresión, en francés «si bon lui semble», no deja de ser un tanto equívoca, aunque estos mismos editores nos dicen que ella refiere más al deseo del público por consultar el escrito de Meslier que al del secretario de justicia que debería hacerse cargo de su divulgación. Sobre la cuestión de los destinatarios de la *Mémoire*, pueden consultarse los siguientes textos: R. DESNÉ, «Meslier et son lecteur», *Le curé Meslier et la vie intellectuelle, religieuse et sociale (fin 17<sup>e</sup>-début 18<sup>e</sup> siècle)*, Reims, Bibliothèque de l'Université, 1980, 415-423; K. ISHIKAWA, «Le Mémoire de Meslier. Ecrire pour qui ? : un homme entre le peuple et les philosophes», *Études de langue et littérature française*, LXXVI (2000), 3-17; y BENITEZ, *Les yeux de la raison*, 2012.

<sup>37</sup> La cita latina ya había sido utilizada por Meslier en la conclusión de su *Memoria* (*Œuvres complètes*, III, 162): *Confundantur omnes facientes vana* [Que sean desenmascarados los que hacen cosas vanas].

<sup>38</sup> «Viva la gran Diana de Éfeso»; tal fue el grito de cólera de la multitud efesia contra el apóstol Pablo, acusado de pretender arruinar el culto de Artemisa, el que aseguraba el prestigio y la prosperidad de Éfeso y de sus artesanos (*Actas de los Apóstoles*, 19:23-40).

*gravati (Rom., 8:22)<sup>39</sup>.* Y si vosotros, como yo, no osáis declararse abiertamente durante su vida contra tan detestables errores y tan perniciosos abusos que reinan tan poderosamente sobre el mundo, debéis mantenerse en silencio por ahora y al menos declararse al fin de vuestros días a favor de la verdad. Pero si, por el contrario, vosotros todavía pretendéis que yo mismo estoy en el error, y que no he dicho la verdad, y que mis razones y mis pruebas no son sólidas y convincentes, corresponde a vosotros refutarlas, y hacer ver manifiestamente su falsedad y debilidad; y debéis hacerlo ver, no con razones vanas y frívolas, como son las que se acostumbran alegar en esta ocasión, sino con razones que sean al menos tan claras, tan fuertes, tan convincentes y tan demostrativas como son aquellas de las que me serví para combatir los errores y los abusos de los que hablé. Si no, de no poder hacerlo, deben necesariamente reconocer que vosotros os halláis en el error y que vosotros enseñáis errores; pues si la verdad está de vuestro lado, las razones también [deberán estarlo], y las pruebas no podrán dejar tampoco de ser más fuertes y más convincentes de vuestro lado que del otro, siguiendo la máxima del mismo Libro de la Sabiduría que dice que la malicia no puede vencer a la sabiduría, ni, por consecuencia, el error vencer a la verdad, *Sapientiam non vincit malitia (Sag., 7:30)*<sup>40</sup>. Si esta [189] máxima es verdadera, lo es particularmente en esta ocasión, Señores, [en la] que la sabiduría debe vencer a la malicia, y [en la] que la verdad debe vencer al error y a la mentira, de suerte que si vuestras razones y vuestras pruebas no son al menos tan claras, tan seguras, tan convincentes y tan demostrativas como son aquellas de las que me serví para probar todo lo que alegué<sup>41</sup>, es necesario, como dije, reconocer que estáis en el error y que enseñáis errores. Y si vosotros reconocéis que son efectivamente errores y abusos, debéis desengañar a los pueblos, y procurar librarlos de la tiránica dominación de los ricos, de los nobles y de los grandes de la tierra, así como también de los errores, de las vanas supersticiones de las religiones que no sirven sino para perturbar vanamente el reposo de sus espíritus y para impedirles disfrutar tranquilamente de los bienes de la vida, y para mantenerlos más miserablemente cautivos bajo esta tiránica dominación de los ricos y de los grandes de la tierra. Y en lugar de estos errores, de estos abusos y de estas vanas supersticiones de las religiones, así como también en lugar de las leyes tiránicas de los príncipes de los reyes de la tierra, debe establecerse en todas partes leyes y reglamentos conformes a la recta razón, a la justicia y a la equidad natural; leyes y reglamentos ante los cuales nadie podrá por tanto tener razonablemente dificultades para someterse, puesto que la razón es desde todos los tiempos y común a todos los hombres, es decir, a todos los pueblos, a todas las naciones de la tierra [190], las que quizás no demandarían nada mejor que seguir las reglas de la recta razón y de la justicia natural<sup>42</sup>. Y ese será quizás también el único verdadero modo de reunir felizmente los espíritus de todos los hombres, y de hacer cesar todas esas sangrientas, crueles y funestas divisiones que

<sup>39</sup> «Hasta ahora todas las criaturas gemen, y están como en el trabajo de parto [...] y nosotros mismos gemimos» (*Romanos*, 8: 22-23). «...gemimos bajo la pesadumbre» (*Corintios* II, 5:4).

<sup>40</sup> Meslier traduce, antes de citarlo, este verso del *Libro de la Sabiduría*.

<sup>41</sup> Resulta evidente que Meslier ha realizado un extensísimo alegato ante el tribunal de la razón natural y del *bon sens*, y pretende que la cuestión se resuelta en esa estricta jurisdicción.

<sup>42</sup> El proyecto sedicioso y revolucionario de Meslier no adquiere todo su sentido, entonces, sino en la perspectiva de una emancipación que incumbe a todos hombres y a los pueblos por igual.

las diferencias de religión y que la ambición y el interés particular de los príncipes y de los reyes de la tierra hacen nacer tan a menudo, y tan terriblemente entre ellos; lo que les procuraría en todas partes una abundancia inestimable de paz y una abundancia inagotable de todos los bienes que podrían volverlos perfectamente felices y satisfechos en la vida, si supieran usarlos bien.

Corresponde a los sabios el brindar a los demás las reglas y las instrucciones de la verdadera sabiduría, [la] que debe alejarse igualmente de todos los errores y de todas las supersticiones, como de todos los vicios y de todas las maldades, y que debe enseñar a todos los hombres a hacer un buen uso de todas las cosas. ¿De quién, Señores, de quién recibirán los pueblos estas reglas y estas instrucciones de la verdadera sabiduría, si no es de vosotros? No será, por ejemplo, de estos hombres muelles y afeminados, que no se aplican sino a los placeres de los sentidos, pues el hombre animal y carnal, como dice nuestro san Pablo, no percibe o no comprende las cosas del espíritu, y no sabrá tampoco comprenderlas. ¿Cómo les enseñarán ellos a los demás? *Animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus* (1. Cor., 2:14)<sup>43</sup> [191]. No será tampoco de estos ricos, ni de estos nobles ni de estos grandes de la tierra que pretenden dominar imperiosamente por todas partes, y que [gracias] al favor de los errores y de las supersticiones de la religión, agravan y aumentan todos los días, cada vez más, el yugo de su tiránica dominación. ¡Vean por ejemplo cómo la tiranía de nuestros reyes ha aumentado, y hasta qué punto se ha acrecentado desde el reinado de Carlos VII, donde era piadosa, como dice el señor de Commynes (en sus *Memorias*)<sup>44</sup>, hasta los tiempos en los que nosotros estamos! Y si esto continúa, ¿en qué devendrán los pueblos? No les restará ya con qué sustentar ni una miserable vida y al final se verán obligados a sublevarse, y hacer como esos desdichados vencidos que no encuentran mayor salvación que la desesperación, último recurso de los desdichados, *una salus victis, nullam sperare salutem*<sup>45</sup>. De modo que no será de estos orgullosos y soberbios tiranos de quienes el pueblo recibirá las reglas e instrucciones de la sabiduría de la que hablo. No será [192] tampoco de estos pedantes y ambiciosos señores obispos y prelados que se harían adorar de buena gana sobre la tierra, puesto que toda su grandeza se encuentra fundada sobre el fundamento mismo de esos errores, de esos abusos y de esas supersticiones, y ella sería aniquilada, si esos errores y esas supersticiones llegaran alguna vez a su fin. Vosotros no tenéis tantos motivos, Señores, para temer un inconveniente semejante, 1º) porque cuando un cambio semejante arribara, vuestra caída, si hubiera caída, no sería de tan alto, y no sería por consecuencia tan dura como la de estos señores de los que hablo, que estarían grandemente aturdidos si se vieran caer desde tan alto; 2º) porque siendo necesario que, en todas las repúblicas y en todas las comunidades bien regladas, haya personas sabias y esclarecidas para instruir a las otras en las ciencias naturales, y en las buenas costumbres, y para desarraigar enteramente los errores y las supersticiones,

<sup>43</sup> «Pero el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu» (*Corintios* I, 2:14).

<sup>44</sup> Meslier también cita estos testimonios en el capítulo 55 de su *Memoria*, y vuelve a referir a ellos aquí, forzando un poco el pensamiento de Commynes. Véase MESLIER, *Oeuvres complètes*, II, 112-113.

<sup>45</sup> «La única salvación de los vencidos es no esperar salvación alguna» (VIRGILIO, *Eneida*, II, 354). Meslier pudo haber tomado esta cita de G. NAUDÉ, *Apologie pour les Grands Hommes*, París, 1669, II, XXI, 460, obra frecuentemente citada en la *Mémoire*. En efecto, Naudé cita estos versos sin añadir ninguna referencia respecto de su origen, y lo mismo hace Meslier.

vosotros seréis, si lo deseáis, muy adecuados para este empleo, y por este medio vosotros podríais siempre tener un rango muy considerable entre los hombres, y podríais recuperar con honor por este lado lo que perderíais por el otro. Los magistrados, y todos los otros oficiales del gobierno no deberían oponerse a esto de ningún modo, Señores; al contrario, ellos deberían antes prestarles ayuda de buena gana, porque ellos mismos deberían estar gustosos de verse librados tanto como los otros del yugo tiránico de la dominación de los grandes, y del yugo insopportable de los errores y de las [193] supersticiones. Es pues particularmente de vosotros, Señores, de quienes el pueblo debe recibir estas reglas y estas instrucciones de la verdadera sabiduría, la que consiste en alejarse de todos los errores y de todas las supersticiones, así como también en alejarse de todos los vicios y de todas las maldades. Y, por consecuencia, vosotros debéis decirle la verdad, y no gustar de mantenerlo en los errores y en las vanas supersticiones, ni de verlo pisoteado y tiranizado como lo es todos los días por los ricos, por los nobles y por los grandes de la tierra. Hace bastante tiempo que los errores y que las vanas supersticiones reinan en el mundo; hace bastante tiempo que la tiranía reina; sería ahora el momento de ponerle fin. Vuestros supuestos santos profetas han dicho que los ídolos llegarían a su fin, que cesarían de aparecer, que serían enteramente destruidos, y que incluso los nombres de los ídolos serían enteramente barridos de la tierra, y, por consecuencia, que también ya no habría más idolatría, *Cessabunt idol vestra*, dice un profeta, *disperdam simulacra et cessare faciam idola* (*Ezech.*, 6:6 y 30:13). *Idola penitus conterentur* (*Isaï.*, 2:18). *Disperdam nomina idolorum de terra* (*Zach.*, 13:2)<sup>46</sup>.

Hace mucho tiempo, Señores, que estas supuestas profecías deberían haberse cumplido. Si vosotros afirmáis que ellas se hallan cumplidas entre vosotros, que vosotros ya no sois idólatras, y que ya no adoráis ídolos, es fácil convenceros del hecho [contrario], puesto que vosotros adoráis efectivamente endebles y pequeñas [194] imágenes de pasta y harina, y no honráis las imágenes de madera y de yeso, y las imágenes de oro y de plata, como hacen los idólatras<sup>47</sup>. Sería glorioso para vosotros, Señores, hacer cesar todas estas idolatrías y hacer ver en nuestros días el cumplimiento de todo aquello que habría sido tan bien predicho respecto de la destrucción de todos estos vanos ídolos. Sería glorioso para vosotros destruir por todas partes este detestable reino de errores e inequidades, y establecer en su lugar el dulce y apacible reino de la verdad y de la justicia. Otorguen pues, si podéis, Señores, este placer a los pueblos; vosotros estáis obligados por toda suerte de deberes naturales, vosotros sois, como dicen, los pastores de los pueblos; ellos son, pues, vuestro rebaño, ellos son también vuestros parientes, vuestros prójimos, vuestros aliados y vuestros amigos; ellos son vuestros benefactores, puesto que es de ellos de donde vosotros obtenéis vuestra subsistencia; ellos son vuestros semejantes y vuestros compatriotas; estos son los poderosos y acuciantes motivos que deben llevaros a tomar fuertemente su partido. Únanse a ellos, pues, para

<sup>46</sup> «Sus ídolos no serán más adorados [...] Yo exterminaré las estatuas y aniquilaré los ídolos» (*Ezequiel*, 6:6 y 30:13). «Y los ídolos serán todos reducidos al polvo» (*Isaías*, 2:18). «Yo aboliré de la tierra los nombres de los ídolos» (*Zacarías*, 13:2).

<sup>47</sup> Éste tópico ha sido desarrollado entre los capítulos 35 y 37 de su *Mémoire* (MESLIER, *Oeuvres complètes*, I, 420 y ss.), quizás bajo la influencia de la polémica protestante. En la quinta prueba, también se citan diversos pasajes de la Biblia en los que se condena la idolatría (MESLIER, *Oeuvres complètes*, I, 437-442).

liberarlos, y para liberarse a vosotros mismos de toda esclavitud, denles esta alegría; es el bien más grande que jamás podrías hacerles. No se trata para ello, por lo que respecta a vosotros, de tomar las armas; vosotros haréis ciertamente más, pacíficamente, por vuestros prudentes pareceres, por vuestros sabios consejos, y por vuestros doctos escritos, que lo que harías tumultuosamente por las armas. Les será fácil desengañar a los pueblos si seguís solamente las luces naturales de la recta razón, sin ateneros vanamente al fanatismo, ni a las supersticiones [195] de vuestra fabulosa religión. La mayor parte de los pueblos entrevén ya bastante por sí mismos los errores y los abusos en lo que los mantienen; no necesitan al respecto más que de un poco de ayuda, y un poco más de luces para ver claramente la vanidad y para liberar enteramente el espíritu, pero necesitan mucha más ayuda, y sobre todo una buena unión, y una buena comprensión entre ellos, para liberarse de la poderosa tiranía de los grandes de la tierra; y es a esta buena unión, y a esta buena comprensión entre ellos a lo que habría que exhortarlos\*<sup>48</sup>.

[196] Vosotros les predicáis, Señores, una supuesta liberación y una supuesta redención espiritual de sus almas, realizada, decís vosotros, por los méritos infinitos de la muerte y la pasión de su divino Jesús crucificado. Pero ellos necesitan una liberación mucho más real y mucho más verdadera que esa; es entretenérlos y engañarlos, el predicarles solamente, como vosotros lo hacéis, una supuesta liberación o redención tal que no es sino imaginaria<sup>49</sup>, y de la cual incluso vuestros supuestos profetas no han pretendido hablar jamás cuando anuncianaban a sus pueblos que Dios los liberaría de su cautiverio y que les enviaría un redentor muy poderoso. La verdadera liberación o redención de la que los pueblos tienen necesidad, y la misma de la cual los susodichos supuestos profetas pretendían hablar, es la que los libera o que debería liberarlos de toda esclavitud, de todas las idolatrías, de todas las supersticiones y de todas las tiranías, para hacerlos vivir felizmente sobre la tierra, en justicia y en paz, en la abundancia de todos los bienes. Es de una liberación tal, Señores, es de una redención tal de la que los pueblos tienen necesidad, y no de una redención imaginaria como esa que vosotros les predicáis. El verdadero pecado original para los pobres pueblos es el de nacer, como han hecho, en la pobreza, en la miseria, en la dependencia [197] y bajo la tiranía de los grandes; debería liberárselo de este detestable y maldito pecado<sup>50</sup>.

Vosotros os divertís, Señores, interpretando y explicando figurativa, alegórica y místicamente unas vanas escrituras que vosotros denomináis sin embargo santas y divinas; vosotros les dais el sentido que deseáis; les hacéis decir todo lo que deseáis por medio de estos bellos supuestos sentidos espirituales y alegóricos que vosotros les forjáis, y que os afectáis de darles, a fin de encontrar, y de hacer encontrar unas supuestas verdades que no son tales, y que no lo fueron jamás. Pero en el fondo, ¿qué son todas esas bellas figuras y todas esas bellas interpretaciones espirituales,

\* Según apuntan los editores de las *Œuvres*, en la primera redacción de esta carta (ms 19458), el párrafo finalizaba en la palabra «tierra», por lo que Meslier añadió la última frase («y es a esta buena unión...») en el margen de la misma, con una tinta diferente.

<sup>48</sup> Es esta exhortación, pues, la que se desarrolla en el *appel* final de la *Mémoire*. MESLIER, *Œuvres complètes*, III, 171-177.

<sup>49</sup> Este tema ha sido abordado en los dos capítulos de su cuarta prueba (MESLIER, *Œuvres complètes*, I, 242-330).

<sup>50</sup> La idea del pecado original es duramente criticada en el capítulo 39 de la *Mémoire* (MESLIER, *Œuvres complètes*, I, 462-472).

alegóricas y místicas que vosotros hacéis de vuestras Escrituras? No son, como dice el doctor san Jerónimo (en su epístola a Paulino), sino vanas puerilidades, y mascaradas similares a las que hacen los actores de farsas y de comedias; *puerilia sunt haec, dice, et circulatorum ludo simila*<sup>51</sup>. Yo diría incluso, si me atreviera, que vosotros hacéis de algún modo lo mismo que esos supuestos sabios de los cuales habla nuestro san Pablo, *los que se hunden, dice, los que se extravían y se pierden en la vanidad de sus pensamientos, y los que creyéndose sabios devienen locos. Evanuerunt in cogitationibus suis, dicentes enim ese sapientes stulti facti sunt* (*Rom.*, 1:21)<sup>52</sup>. De modo que es pretender manifiestamente [198] engañarse y cegarse a sí mismo el desear interpretar así y el explicar tan vanamente las escrituras<sup>53</sup>.

Os divertís también disputando entre vosotros sobre las vanas cuestiones de la gracia eficaz o de la gracia suficiente<sup>54</sup>, y sobre una cantidad de otras semejantes y vanas cuestiones de vuestra religión, lo que vuestro san Pablo mismo denomina *cuestiones de locos y disputas de locos; stultas questiones et contentiones et pugnas legis* (*Tit.*, 3: 9)<sup>55</sup>. Disputáis en eso con ardor, los unos por un partido, los otros por el otro; es en el fondo una locura más grande que la de aquellos que disputaban por la sombra de un asno; *de asini umbra contendunt*<sup>56</sup>. Y ninguno de vosotros presta atención a los errores y a las groseras supersticiones de esta religión que enseñáis, siendo que de estos errores y de estas mismas idolatrías, así como también de todas las tiranías de los príncipes y de los reyes, proceden todos los males que desolan la tierra, y *que desolan*, como dice un profeta, *porque nadie está atento ni nadie piensa, [199] desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est recogitet corde.* (*Jer.*, 12: 11)<sup>57</sup>.

Vosotros, Señores, ejercéis también vuestro celo para declamar e increpar contra los vicios de los pueblos, e incluso contra las faltas menores, contra los defectos menores, y contra los desórdenes menores que vosotros veis en ellos; exageráis excesivamente su gravedad y enormidad; los amenazáis terriblemente con castigos de Dios, y con los suplicios eternos de un infierno horroroso hasta el extremo; y no decís nada contra los robos públicos, ni contra las injusticias flagrantes de quienes gobiernan a los pueblos, que los saquean, que los pisotean, que los arruinan, que los oprimen, y que son la causa de todos los males y de todas

<sup>51</sup> Meslier traduce este fragmento de san Jerónimo (Epístola LIII), el cual también es citado varias veces en el capítulo 38 de la *Mémoire* (MESLIER, *Œuvres complètes*, I, 342-352).

<sup>52</sup> «Se encuentran perdidos en sus vanos razonamientos [...] Han devenido locos atribuyéndose el nombre de sabios» (*Romanos*, 1: 21-22).

<sup>53</sup> En el capítulo 28 de la *Mémoire* (MESLIER, *Œuvres complètes*, I, 330 y ss.), se muestra, a través de una gran cantidad de ejemplos, el carácter absurdo de la interpretación alegórica de las Escrituras.

<sup>54</sup> En el lenguaje teológico, la gracia de Dios es denominada *eficaz* cuando alcanza por sí misma, y de modo infalible, su objetivo; es denominada *suficiente* en el caso contrario, es decir, cuando el hombre la puede resistir (como lo remarca irónicamente Pascal en sus *Provinciales*, la gracia *suficiente* no es suficiente...). En efecto, el debate que dividió a la Iglesia de Francia refería a la cuestión de saber en dónde residía la eficacia de la gracia: si en el puro deseo divino o en la cooperación del hombre. Por tanto, Meslier pone espalda con espalda a los jesuitas y a los jansenistas.

<sup>55</sup> «Rehúyan las cuestiones impertinentes [...], las disputas y las contestaciones de la ley» (Epístola a Tito, 3: 9).

<sup>56</sup> Sobre el origen de esta expresión, véase A. BONNARD, *Civilisation Grecque*, Lausanne, La Guilde du Livre, 1959, I. De l'Illiade au Pathénon, 26.

<sup>57</sup> «[La tierra] está en una extrema desolación, porque no hay ninguna persona que tenga el corazón atento a Dios» (*Jeremías*, 12: 11).

las miserias que los agobian. Vanidad, vanidad, estúpida vanidad es esa<sup>58</sup>. Es principalmente, Señores, a los errores de la idolatría y a las supersticiones de la religión, así también a los robos públicos y a las injusticias flagrantes del gobierno tiránico, a las que vosotros debéis oponerse, puesto que estos errores y estas injusticias son, como es dicho incluso en vuestras santas Escrituras, la fuente, el origen, la causa, el comienzo y el fin, es decir, la cumbre de todos los males que se ven en el mundo, *infadōrum enim [200] idolorum cultura omnis mali causa est, et initium et finis (Sap., 14:27)*<sup>59</sup>. Y por consecuencia es también contra todos esos detestables errores, y contra todas esas detestables injusticias y tiranías, que vosotros debéis principalmente ejercer vuestro celo. Me alegra decir todo esto antes de morir, y no podía hacer menos que decirlo, puesto que la cosa es así, y que no veo a nadie que lo diga. Si vosotros me culpáis, lo digo francamente, me tiene con poco cuidado, en tanto que es por la justicia y por la verdad que yo hablo. Recibiría con agrado, Señores, el honor de vuestra aprobación; sería con agrado vuestro amigo y amigo de todas las personas honestas, pero sería con más agrado aún amigo de la justicia y de la verdad, como aquel que decía *amicus Plato, amicus Aristoteles, magis autem amica veritas*<sup>60</sup>. Y si me encuentran loable, no pienso glorificarme y esperar que vosotros me hagáis algún cumplido ni algún reproche, ni incluso que me deis alguna respuesta, pues muy pronto abandonaré el país, y debo incluso partir, es decir, finalizar mis días antes de que la presente os sea entregada. Es por eso que si vosotros tenéis alguna respuesta para dar, dirigidla al público. Se encontrará tal vez a alguien entre el público que tome, si es necesario, la defensa de mi causa, o más bien la defensa de la causa misma del público, pues no es de mí, ni de mi interés particular de lo que se trata en este asunto, o en [201] esta ocasión; no se trata sino de la conservación de la verdad, y del restablecimiento del bien y de la libertad pública, causa por la cual cada uno debería sacrificarse. Que el público defienda su causa, pues, si así le parece, y tal como bien le parezca. Para mí es suficiente como haber expresado mi pensamiento; yo ya no formaré parte, mi tiempo va a estar hecho. De modo que, Señores, no me resta más que decirles un último adiós, luego del cual, si todavía juzgáis oportuno ofrecerme un devoto *requiescat in pace*, deseo que éste retorne enteramente sobre vosotros, pues, en cuanto a mí, no sabré más qué es el reposo, ni qué es la paz, ni qué es el bien, ni qué el mal; es necesario vivir para saberlo, y los muertos no saben más nada. Es un error imaginar lo contrario, y siendo así, es muy inútil rezar por los muertos; es

<sup>58</sup> Pueden recordarse aquí las líneas iniciales del *Eclesiastés*: «¡Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, vanidad de vanidades, todo es vanidad!» (I: 2). En la sexta prueba de su *Mémoire*, el cura se burla abiertamente de la creencia en imaginarias penas del infierno, al tiempo que considera que verdaderos demonios del género humano no son otros que los que oprimen a los pobres campesinos (MESLIER, *Oeuvres complètes*, II, 26-29).

<sup>59</sup> Meslier cita estos mismos versos del libro de la *Sabiduría* en las páginas de su *Mémoire* (MESLIER, *Oeuvres complètes*, I, 63 y 65).

<sup>60</sup> «Platón es mi amigo, Aristóteles es mi amigo, pero soy más amigo de la verdad». Este proverbio debe su origen a una expresión de la propia *Ética* de Aristóteles: «Tal vez sea mejor investigar el bien en general y examinar cómo se lo entiende, por más que tal investigación nos sea penosa por ser amigos nuestros los que introdujeron la doctrina de las Ideas. Pero tal vez cabría pensar que de todos modos es preferible hacerlo y que, al menos a fin de preservar la verdad, debemos sacrificar aun lo que nos es propio, tanto más si somos filósofos, pues aunque las dos cosas nos son queridas, es deber sagrado honrar más la verdad» (*Ética Nicomaquea*, 1096a 12-17, trad. Eduardo Sinnott, Buenos Aires, Colihue, 2007).

muy inútil inquietarse por ellos; es inútil rezarles, e inútil para mí, Señores, desear ahora retribuir a vosotros algún deber de civilidad, e incluso aquel de decirme...

Señores,

Vuestro humilde y muy obediente servidor  
firmado J.M. Cu. d'Est.p.g.i.

Y al dorso está escrito: A los Señores, los Señores curas de la vecindad de Est[repigny], y a todos los otros semejantes Señores sus cófrades.

## 1.2. [203] Copia de otra carta que estaba junto a la precedente

Señor,

Viéndome, como creo, cerca del fin de mis días, y no teniendo pronto, por consecuencia, ya nada que ver con el mundo, no creo encontrar ahora dificultades para decir la verdad, y me alegro, por el bien público, de ofrecer al público mismo, y particularmente a todos los señores nuestros hermanos, razones de los pensamientos y de los sentimientos en los que viví. Es en vista a ello, y a vuestro placer, si usted lo desea, Señor, que le enviaré ésta<sup>61</sup> junto a la presente y le ruego que se la comunique también por vuestra parte a los señores nuestros hermanos, a fin de que vosotros seáis los primeros informados y que podáis juzgarla discutiendo juntos, haciendo tal juicio del modo que deseán. No sé bien qué es lo que usted pensará, ni lo que dirá, ni tampoco qué es lo que dirá de mí por haber tenido tales pensamientos en la cabeza y tal propósito en el espíritu. Usted entenderá quizás este proyecto como un arrebato de locura y de temeridad en mí, pero [ante] tal juicio, e incluso si juzgara lo más desventajosamente de mí y de mi proceder, puedo decir con seguridad que la verdad subsistirá siempre en sí tal como es, porque ella no depende de la voluntad de los hombres, de los juicios que ellos puedan hacer. Corresponde a estos el conformarse a aquella, y reglarse por aquella, y no a aquella el formarse ni acomodarse a las fantasías de estos, pues eso no puede hacerse en absoluto. La verdad, por ser desconocida, o censurada, e incluso por [204] ser perseguida, condenada y oprimida, como ella lo es a menudo entre los hombres, no es por eso menos verdad<sup>62</sup>. Los hombres pueden hacer y decir mucho, [pero] la verdad será siempre verdad, y paralelamente, el error será siempre error, por más aprobado, reverenciado y autorizado que pueda estar. Hay uno de nuestros supuestos profetas que pronuncia anatemas, quiero decir desgracias y maldiciones, contra aquellos que denominan mal al bien, y al bien, mal; que hacen de las tinieblas luz, y de la luz, tinieblas; y que hacen amargo lo dulce, y lo dulce, amargo. *Vae qui dicitis malum bonum, et bonum malum; ponentes tenebras lucem, et lucem tenebras; ponentes amarum in dulce, et dulce in amarum (Isai., 5:20)*<sup>63</sup>. Si hay motivos, Señor, para temer el cumplimiento de tal supuesta profecía, todos

<sup>61</sup> Es indudable que Meslier se refiere aquí a la *Mémoire*, la cual se hallaba precedida, como una suerte de prólogo o *avis au lecteur*, por ambas cartas.

<sup>62</sup> Sobre el tópico de las «verdades eternas», véase MESLIER, *Oeuvres complètes*, II, 195 y ss.

<sup>63</sup> Meslier traduce la frase de Isaías antes de citarla.

vosotros estáis, en tanto lo que sois, en peligro de exponerse a la maldición de la cual se amenaza, puesto que es siguiendo los principios y las máximas de vuestra religión, que vosotros llamáis a menudo mal al bien, y bien al mal; que vosotros hacéis a menudo a las tinieblas luz, y a la luz, tinieblas; que vosotros hacéis a menudo a lo amargo dulce, y a lo dulce, amargo, como dice el profeta. Y es por eso mismo que siempre odié y detesté, y que mil veces maldecí en el corazón, las vanas y abusivas funciones de éste, nuestro vano y falso ministerio. Pero como casi no vemos el efecto de esta clase de maldiciones en aquellos que más merecerían recibirlas, esto hace también que apenas las tomemos en cuenta, y que ahora haya pocas dificultades para llamar [205] al mal, bien; y al bien, mal; que apenas haya dificultades de hacer de las tinieblas, luz, ni de la luz, tinieblas, ni que tampoco haya para hacer de lo amargo, dulce y lo dulce, amargo. Pero aunque esos que más merecen recibir las maldiciones de las cuales habla este profeta, no las reciban siempre, no son por ello menos dignos de recibirlas, y no son por eso menos dignos de censura y de reproche. Esto es, Señor, lo que bien debería hacer pensar seriamente a todos, puesto que la verdad y la justicia deben ser siempre el principal objetivo de vuestras intenciones. No debería ser a mí, Señor, a quien correspondiera representarle tales cosas. Esto debería venir de alguien con más genio, e incluso de una persona de mayor autoridad, y de una mayor consideración que la mía<sup>64</sup>, lo confieso; y lo desearía así, porque ello produciría mayor efecto y mayor impresión en el espíritu de los hombres. Pero dado que nadie piensa en decirlo, permítame por favor, Señor, o al menos sufra apaciblemente, por favor, que yo se lo diga, para cumplir de alguna manera esta palabra de otro de nuestros profetas que dice que la *verdad saldrá de la tierra, veritas de terra orta est* (*Psal., 84:12*)<sup>65</sup>. [206] Pues ella saldrá efectivamente de la tierra, si ella sale de mi boca, puesto que no soy efectivamente más que tierra<sup>66</sup>. Pero habría que seguir una vez más la misma palabra de este profeta, que la justicia mira desde el cielo, y que no solamente mira, sino que ella incluso desciende del cielo, para ubicar a todos los hombres en una justa subordinación, y establecer entre ellos un dulce y apacible gobierno; sin que los pobres pueblos no tengan que esperar a ser siempre miserables y desafortunados en la vida. Que sea eso lo que pase. Lo mejor que sé ahora para mí es que ya no regresaré a la vida; la abandono con gusto y sin lamento, aunque la haya pasado bastante dulcemente y bastante tranquilamente de acuerdo a mí, tanto en cuerpo como en espíritu (\*). Estimando también bastante feliz el no haber tenido el infortunio de sufrir como tantos otros el rigor de los males y las aflicciones de la vida. Adiós, pues, Señor; yo se la deseo feliz y tranquila, y soy el más humilde de entre vosotros.

Firmado J.M. C. d'Est....

Y al dorso está escrito: Al Señor Señor cura de.

<sup>64</sup> Meslier parece hacerse eco aquí del «Avant-propos» que dirige a sus feligreses: «Utilizaré todo el débil y pequeño genio que pueda tener [...] para descubrir ingenuamente las verdades que se les ocultan» (MESLIER, *Oeuvres complètes*, I, 37).

<sup>65</sup> Meslier mismo traduce la cita del Salmo 84. En su contexto original, el verso significa que «la verdad germinará».

<sup>66</sup> Meslier parece recordar aquí el pasaje de *Génesis*, 3:19: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás».

(\*) Si no es por el placer que tengo ahora de verme a punto de perder enteramente la vista, lo que me sería más lamentable que perder la vida<sup>67</sup>.

---

<sup>67</sup> En los dos manuscritos en lo que se incluyen las cartas (ms 19458 y ms 19460), esta última nota fue añadida por Meslier con una tinta diferente. Lo que indicaría que lo hizo en un momento posterior; tal vez ya más cerca del fin.